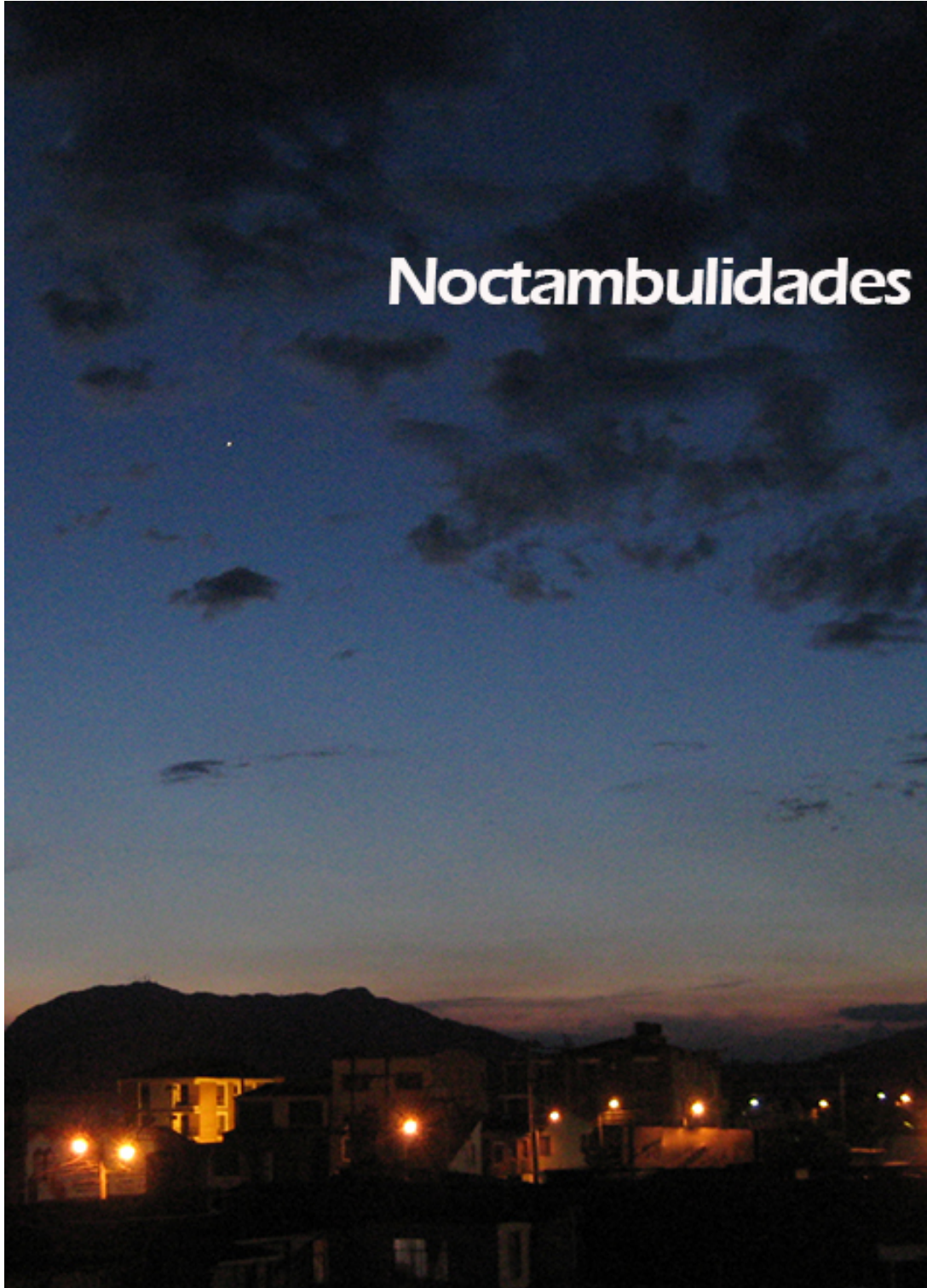


NOCTAMBULIDADES

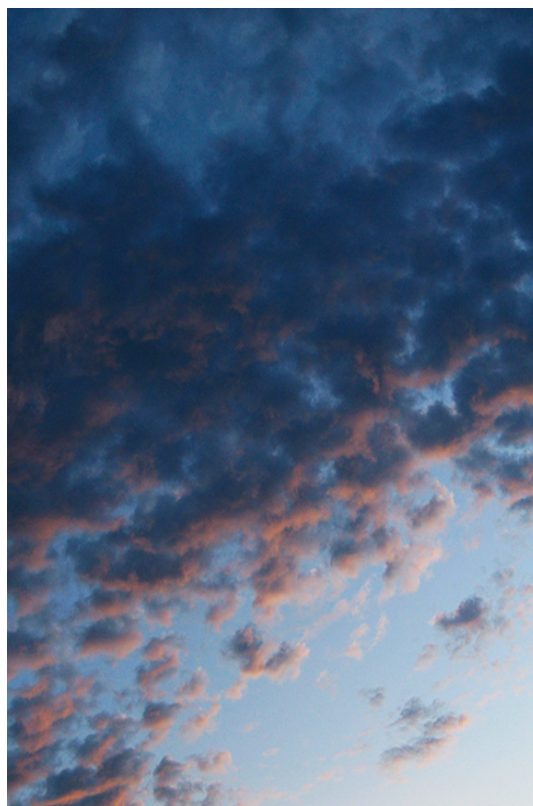
Franky J



Capítulo 1

SECUENCIA (CHECKLIST DE NADA)

El ocaso le tiñe dentro arreboles de nostalgia. El cielo le oscurece un corazón desgranado en imposibles constelaciones. A medianoche, una pasada musa juega al billar con su cabeza, y se desaparece. Por alguna coordenada espacial, cruzan asteroides fugaces y raudos como ficciones de amantes. Las memorias emborronadas, sólo son fútiles soles que desintegra el tiempo.



Capítulo 2

ASTROFÍSICA DISTANCIA

Un latido de estrella rasguña la inmensidad del cosmos en atómico desorden, para su interna confusión eterna de nebulosas anónimas. Una refracción despliega arcoiris antes de la visión de túnel. Una suerte de Relatividad, en rojo destello simula la cercanía del infinito, y un destello azul revela la abrumadora distancia de unos sueños inasibles. Entre dos almas de mundos distintos, un mensaje cifrado, irrepetible y perdido por la eternidad.

Capítulo 3

MUERTO VIVIENTE (A LO TOMB RAIDER)

A veces intuyes la arena movediza, próxima y certera tumba de tus deseos precipitados. Atraviesas el umbral misterioso donde ya nada depende de ti, nunca suficientemente preparado para la trampilla y la libre caída al gran vacío, donde todo lo que creías saber pierde sentido. Matas una parte de ti, lo que fueron anhelos, viejas convicciones, inútiles recuerdos, tu interior deshecho en largos jirones de momia. Y sin saber del todo adónde ni cómo, sales de la gran pirámide de enigmas y simplemente continúas andando. Viviendo.

Capítulo 4

LA VENTANA

Era pequeña y rectangular, un escape de memorias. Ante mí, el bosque compañero y fiel saludaba mi despertar, y las tardes plomizas al volver del estudio. Atrás quedaba el tráfico infernal y 54 calles de viñetas citadinas desde otra ventana, la del microbús: Como aquella sórdida 22, repleta de tristes y deformes vendedoras de placeres y edades insólitas. Imaginaba cómo serían sus vidas antes de ir parar allí, por voluntad o necesidad, pero siempre sin amor.

El viento a rachas ondeaba las copas de los eucaliptos, susurrando un rumor cálido y marino que solía serenarme -aunque rugiese a ratos-, un ruido de adormecer viejos recuerdos y utopías. Mas allá de la calle y la sien, quimeras sin rostro huían del gris presente, ráfagas de sueños sin nacer, del gran romance sin fecha. Diosas de espuma sin nombre para mi yo prisionero, entre la burla demencial de un hoy detenido y de un muerto e infinito jamás.

(1997)

Capítulo 5

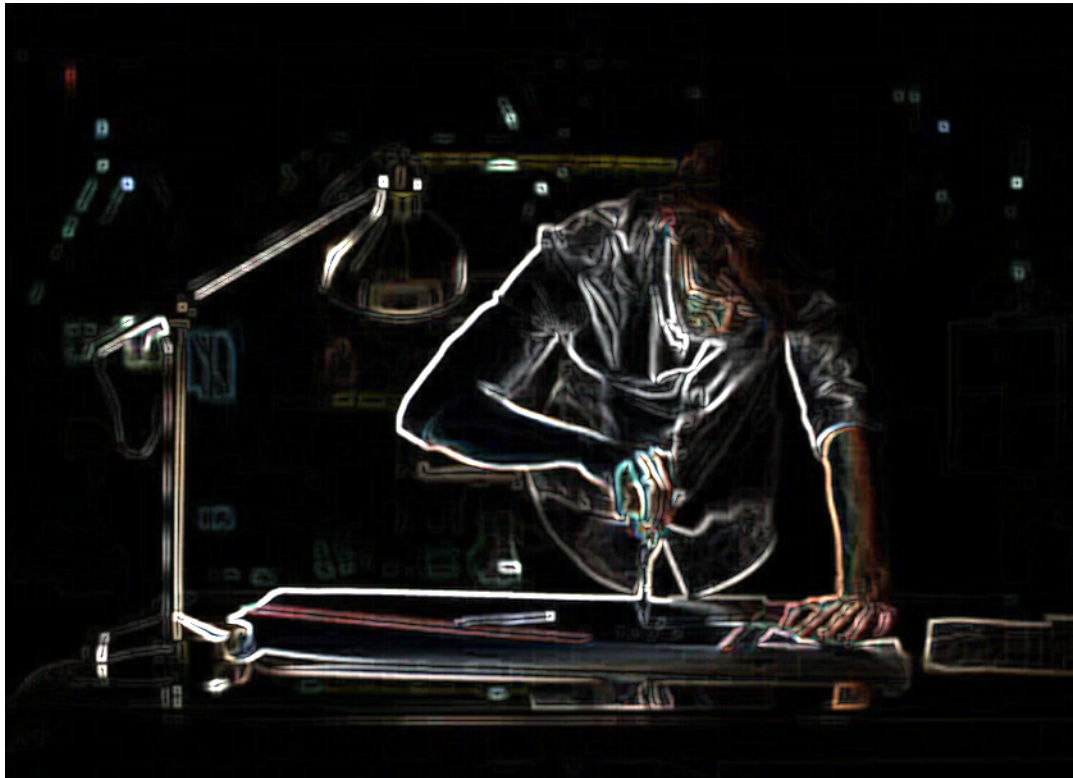
LA SUGERENCIA

Es un febril sábado en su cuartito de 3x4 del piso alto. Las altas horas donde la mayoría duerme, despiertan un amargo dragón de tonterías sin fin, una suerte de acogedora bohemia, en especial con la radio en borbotones musicales de otra era. Un haz de lámpara vierte juegos de sombras de planos y lápices, desparramados por la mesa de dibujo. En excelsa procrastinación, los últimos segundos agujonean su inminente entrega del proyecto de la U, al filo de una noche que alborota su cabeza con irredentas memorias.

Los traviesos gatos concupiscentes corretean por el tejado, estruendoso y a punto de romperse, mientras los jadeos febriles, los quejidos y alaridos de amantes inquilinos viendo a Dios, sacuden el piso inferior. Arriba y abajo hay derroche de faena hasta el alba, y un crí-crí de metal desvencijado en simultáneas agonías dibuja en él una triunfal sonrisa, mientras acaricia su mentón y piensa:

“Donde te halles, por favor ajusten... la condenada cama”

(1997)



Capítulo 6

UN MEDIODÍA OPACO

No pensaría en más infinitos ni futuros. Él a sus desgastados deberes, a una vocación perdida de antemano en estúpida inercia, ella a su Enfermería que estudiaba con pasión, con toda la consciente dedicación de quienes saben cuidar y escuchar. La vida con su inapelable gravidez y sin permiso, siguió hilando sus pasos como raíces que comunican árboles muy distantes: Algo de informal y otro poco de inmortal, más allá de dos cordilleras azules que los separaban, más allá de su noche infiel que terminó todo, conectados de vez en cuando por un negro y obsoleto teléfono; oyendo su tibia voz de agua clara, con un rezago de antigua emoción. Ahora sólo un sopor anestésico le insinuaba que existió una vez, entre el grato almuerzo de un día más. La "abstracta respuesta al destino juntos" del que ella le escribió, le rondaba cada paso a su pensión estudiantil, mientras él eludía aceras rotas, por las calladas calles del sueño.

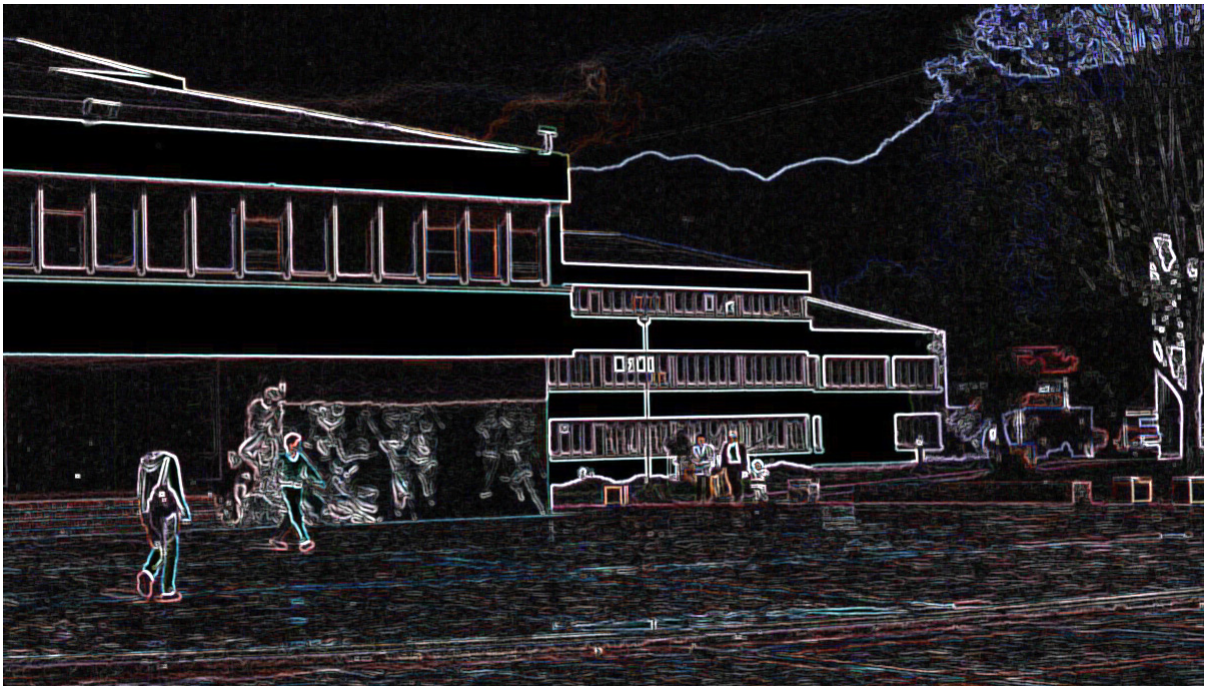
(1998)

Capítulo 7

LLUVIA DE IDIOTAS

Cada gota cayendo, la incesante multiplicación de su soledad. Él, como oxidado retal en la desierta plazoleta frente a la Facultad. Y por rara facultad se halló a sí mismo en medio del aguacero: Después de todo, no estaba tan solo. Se reflejaría en millones de gotas cristalinas, clonecillos ridículos y despedazados repiqueteando contra el piso, reunidos en amorfos charcos que arrasaría el sol siguiente. Así de fácil y tragicómico tomó las partes por el todo, enemigo de sí, y amigo de lo que ni siquiera soñaba que podría ser, sumido en el pantano de los tontos, iabsorto en una insustancial, deshecho en tormentos absurdos! En sus botas mojadas, apócrifos recuerdos de lo jamás ocurrido, sin escapismo. Sin más trago que la realidad a cántaros, al filo de la noche lluviosa.

(1998)



Capítulo 8

UNA FALLIDA INMERSIÓN

Un juego de adivinanzas tras la fachada de piel, la mirada sumergida en dos cervezas bañadas por un carnaval de luces tabernarias, mientras su mente divaga displicente. ¿Qué hago aquí, cual mal periscopio, buscando en ella colores invisibles, intentando un ritmo fallido, una charla indiferente e inconexa? La música estridente no mueve mi cuerpo, ni el amasijo de enigmas y tensiones que algunos llaman "alma". Mi lógica naufraga míseramente en sus ojos abisales, atascado en su impenetrable ciénaga sin fondo, sin dirección y sin destino. Único saldo rescatable de la noche: En la pantalla un "Gangsta's Paradise" memorable de oscuros coros hasta el fin de los tiempos; y ella pensando en su novio de pueblo y cantando conmigo aquel clásico y tropical "Anhelos... de tenerte, vida mía"

(1998)

Capítulo 9

PRIMER BESO Y STAND BY

Ella 16 y él 19, al ocaso de inocencias. La abrazó contra un arbolillo escondido de la vereda, en la desierta carretera de un sábado y sin bosque mágico de cuentos, sin sol filtrado entre las ramas como abanico de rayos, que hiciera fílmico aquel desenlace de animadas e interminables charlas. Él no olvidaría el primer beso juntos, su candor silvestre y tierna suavidad de masmelo*. Un instante tan congelado en el tiempo como ella de aplomo y dignidad... cuando al filo del momento, él tuvo un raptó sincero y rehusó avanzar, sólo por ir tras un esquivo mundo de aventuras que jamás conocería.

Aquella decisión fosilizó la atracción por años, en cada encuentro eventual y sin traspasar la *friendzone* de una zona sin promesas. Como en aquel viaje con sus compañeras de carrera, él y el chofer benditos entre mujeres, al son de una extrovertida chica que bailaba "El fin de la infancia" y repartía aguardiente a lo loco. Bajaron del autobús y enfilaron desde el pueblo a la ancestral laguna de Guatavita, enclavada y pacífica en un cráter: Silenciosa y solemne como ella en su aparente olvido, revelada y rescatada de la repisa, en una foto que le tomó ese día.

Tres años después se tropezó con ella, cuando hacía de pasante en la Clínica de Pequeños Animales en la misma universidad de él. La esperó otro año, tras el cual ella volvería de misión selvática como una "dori", supuesto nombre que una tribu daba a las mariposas. Y una enorme de alas negras rojas y verdes le dibujó, la cual ella pegó sobre su cama. Los rescoldos sólo se encenderían en un jardín de las delicias aplazadas, hasta una noche en su cuarto alto con dos indiscretas ventanillas al patio de la casa contigua. Las mismas de echar un ojito a sus vecinas en flor cuando lavaban ropa, en lejanas épocas de travesura con amigos de colegio. El mismo cubil felino, donde con fiero tesón, mes a mes, y nota por nota, sacó en su guitarra sus primeras tonadas de Silvio: "El día feliz que está llegando" parecía ideal para recibir a su amorcito en pausa, con la consabida carga ciega de idealismo: Las máscaras de la radiografiada apariencia, que suelen demoler el tiempo y el hastío en cuanta pareja hubo en el mundo.

Mas nada de eso presagiaba el lecho de reencuentro. Sin más esperas, yacía allí una real y convencional chica de pop meloso, sin sombras de alma rockera. Y nada menos romántico y nada más imprevisto, irónico e inolvidable para siempre que aquella canción de fondo, en la radio a bajo volumen: la oscura "Heaven Beside You" de Alice In Chains, el cielo a su lado en medio de tan luminoso entrelazar de piernas y caricias presurosas con la ropa aún puesta. Con los días sumaron sus pieles, y ella le confesó haber querido lanzarse y sorprenderlo con un beso robado, en más de una

de visitas. Por años aplazando sus fatalidades mutuas: "Vaya tarde cobarde" pensó de sí mismo y del primer beso, solo y mirando por la ventana del edificio estudiantil en próxima demolición.

Capítulo 10

EN LAS ROCAS (LEYENDAS Y VERDADES)

Ahí estaban, las enormes y grises moles de arenisca del parque arqueológico, mal llamadas "de Tunja" por absurdo equívoco. Eran los últimos Andes emergidos del océano hacía 60 millones de años, que tras secarse un gran lago residual por 2 millones más, serían la Sabana y hogar de los Muisca. Ellos o sus ancestros, trazaron con tinta roja signos y formas, muchos de interpretación desconocida. Según la tradición, el cacique Tisquesusa escondió allí un gran alijo de *tunjos* de oro, librándolos de la torva codicia de los conquistadores. El gran y obstinado Zipa jamás confesó el destino de aquel Dorado; si bien se rumoraba de un larguísimo túnel desde la entrada del parque hasta Puebloviejo. ¿Estarían ocultas allí las figurillas del metal solar? Se dijo también de un chico que murió cayendo al pozo de acceso, clausurado desde entonces con una reja de hierro.

La más rara leyenda contaba de una niña, perdida al escalar la piedra de la Rana. Una vez hallada, dijo toparse con indígenas de hacía 500 años, y pasar dos días con ellos en su atareada aldea. Pero al volver, había transcurrido la pasmosa suma de 10 años para el resto del mundo, saliendo del mismo presunto portal de espacio-tiempo por donde entró. Como fuese, ahí yacían las piedras incólumes, con altiva indiferencia a generaciones de estupideces humanas, las mismas de siempre, que solo mudan a protoplasmas con egos y nombres diferentes cada vez; ahora sitio de turistas o tronos para inútiles meditaciones. Y nada mejor para dejar de pensar y lanzarme que aquella tarde de adrenalina, cuando iba con mi padre y de pronto la vi, terciada desde una roca hasta el árbol más abajo.

La soga de práctica de los socorristas era una tentación del destino. Ahí estaba y me retaba a ser historia, fuese lo que significase tal palabra, o mi final o mi gloria. Les pedí permiso para intentarlo. Al filo de claudicar, tras casi media hora de vacilante pavor, acrofobia y helado sudor, solté por fin el deslizador del arnés. Bajé como relámpago, sintiendo el fuerte viento en mi cara, el sabor de la muerte y el inmenso pulso de la vida, en inolvidable baño refrescante del que vuelves a nacer... sintiéndome como raras veces, algo más épico y algo menos "loser".

Algo de brillo, por aquella vez.



Capítulo 11

UN SEUDONERD EN EL BARRIO / PARTE I

Érase un simple marco frente a un bosque de eucaliptos, mecidos por el viento. Confidentes veteranos del regreso diario, convertidos en los pocos amigos de aquel flaco estudiante: Otro más en la ciudad, atrapado en la cíclica definición de un destino. Hizo de su ventana la escotilla de una pueril fantasía, donde buceaba por el aire hasta las verdes copas, viendo los tejados de su barrio adoptivo como una miniatura. Recordó un velero que flotaba por el aire, de un anime de su niñez no tan remota: Rey Arturo, ¿Dónde estabas ahora, para reaprender el valor mismo del valor? Pues nada heroico habitaba lo etéreo de su vida.

"Country Sur" era nombre algo pretencioso pero eufónico para aquel tranquilo barrio de clase media, abajo del popularísimo 20 de Julio y sus dominicales devotos del Divino Niño. Arriba del bosque, una colina de prados -ideal para elevar cometas- ocultaba un millar de barrios pobres más allá del horizonte. No faltaba en el barrio la plañidera música vallenata, y entre ésta, una que indagaba el destino de unos amores, entre "números prohibidos" del que nadie daba razón al pobre: Letra pegajosa, que muy a su pesar se paseaba por su mente.

Tampoco faltaba el eventual escándalo matinal que armaba un sujeto del frente, nunca sabido si producto de la locura, la droga o juntas cosas. O alguna noche de inquietud por algún tiro en la oscuridad -como la canción de Ozzy- disparado por un vecino o por un maleante de las lomas, o la atronadora rumba en la casa del lado, uno de esos cálidos sábados ajenos, donde jamás sería invitado aquel introvertido sin carisma y apenas conocido por nadie. Al lado sonaba el antiguo "Abel Antonio", dado por muerto entre cómicos lamentos de su viuda, por sus 3 días de babilónica parranda. Y también la célebre canción de la cucharita de hueso, la robada a su autor al atreverse a visitar la jungla urbana; el mismísimo Velosa del jocosito "me huele a yerba esta noche" que hizo reír al estudiantado en plena Plaza Ché. A todos, hasta al anónimo estudiante, quien al fin del show se acercó al guitarrista. Le hizo una pregunta trivial y comprobó la gran jovialidad de sus buenos músicos, campechanos, complacientes, sin ínfulas de estrella, que estaban ahí para divertirse y divertir con su criollo folk de altiplano.

En fin, un variopinto paisaje sonoro, cuando no sonaba en su Panasonic su recién descubierto Hendrix, pleno de electrizantes ruidos sugestivos, delirantes, fantasmales, una tercera piedra desde el sol, un abre bocas a una generación psicodélica que nunca conoció, pero que intentaba recrear y comprender, sumándose un disfraz de viajero del tiempo. Entre 4 paredes y una horrenda alfombra amarillo auyama, rostros y colores de otro país y época, asimilados a la invariante humanidad de lo esencial.

Como el día que sorprendido escuchó "Creep" de Radiohead. Creyó que lo cantaba el vedetista de las mil gafas, de aquel otro grupo con nombre de submarino. Aquella formidable guitarra, rabiosa y atrapante, retumbaba por los bafles del ya viejo pero aún poderoso Sony ochentero, ignorando que la letra retrataba un bicho raro como él, empalagado con las golosinas musicales del mundo.

De repente, creyó imaginar una amable cara del pasado, disgregada en la sola intención de no perderla. El cielo le devolvió un soso y atemporal blanco de nubes, acaso variado por el fuerte crepitar del follaje. Una brisa magnificada en huracán, para un grumete imaginario en tierra a falta de más historias, de cortos años y grandes ambiciones, desorientado y abúlico. Eran viñetas de ayer y hoy, intercaladas e intercambiadas como transparencias.

Capítulo 12

UN SEUDONERD EN EL BARRIO / PARTE II

Aunque fuese la más acogedora casa, no era aquella su familia ni aquellos sus recuerdos. Salió y enfiló por la larguísima cuadra, frente a la colina coronada por una capilla blanca, a 5 cuadras vista. Dobló la esquina y entró a la modesta tienda de comestibles, a cazar para la semana tostadas, chocolate y algo más, para su necesaria cotidianidad de inquilino. Los estantes repletos, el sitio apretujado, los vecinos con sus pedidos, y él soñándose en la vida de alguna muchachita que llegaba a comprar cualquier cosa, él con ojos anhelantes, con su incompetencia absoluta, con su infalible timidez para romper un iceberg, disfrazando su derrota una vez más.

Igual cuando perdió la pista de aquella espléndida catorceañera, faltando un año para ser bachilleres. Charlaron hasta las 2 de la madrugada de un Año Nuevo pueblerino, para jamás olvidar su cabello castaño claro, su voz suave, y la profunda y pacífica ternura de sus ojos verde-grisáceos. Ella vacacionaba donde su tía maestra, quien vivía al frente de su casa y enseñaba en su colegio industrial.

En efecto, un decadente plantel oficial, que entre lo poco memorable ofrecía aquel par de hermanas, mayores que él y con presunta fama de dadivosas: la mayor siempre le sonreía muy amable, una despampanante protohembra de largas piernas, monumental trasero y menos grácil cara. Y la otra; bajita, bonita y odiosilla; quien más que tentarlo lo retaba a tocar su pierna, alzando su falda en plena clase y mirándole desafiante: Bien sabía que no se atrevería el apocado del salón.

Y la adorada castañuela sobrina de la profe, ¿qué sería de ella? De modo inaudito no le pidió su número -y perdería el de su tía, con quien se llevó bien en clase- Así que no la vería más nunca, ni aun por Facebook años luego. No le recordaría, qué va. Quizá estudiase para maestra de preescolar, médica o financista en la Javeriana o el Rosario, reina absoluta de su carrera y del baile, como en juvenil película gringa. Y años más, esposa de algún presumido ejecutivo encorbatado, de esos formales estándar que él jamás sería, pero que menos aún quería ser.

A más de su cara de perfección celeste, solo atesoraba su nombre completo, como joya en terciopelo y milimétrica exactitud: Sandra Milena Hernández Bautista. Un nombre usual, salvo por bautizar su máximo ensueño cual bella musa inaugural, primera inalcanzable y por lo mismo imborrable sobre todas las futuras. Y a la postre, un recuerdo bonito nada más, redivivo y dulce en tardes aburridas, algo mejor que el tizón ardiente y no tan reciente de una infidelidad: Dos cuerpos unidos al ritmo de la pista y luego de la cama, como en la salsa de Frankie Ruiz que luego

bailaría solo, burlándose de su propia desdicha. Tan gracioso que le contaría a la implicada, como simple anécdota y años después.

Toda una feria de impresiones pintorescas le hizo sonreír. ¿O sólo imaginó que sonreía? Era difícil saberlo, salvo que eran pimienta para un remoto día, auténticos recortes de la vida de uno más. De quien no había vivido ni leído tanto para que perpetrase algunos torpes y desechables seudoversos sin métrica, que jamás alcanzarían la altura de un Vallejo. Justo allí, en un barrio, en una megápolis, en un planeta, en un trozo de universo, en un loop temporal donde volvía del futuro buscando un decir en su propia voz, reordenando letras e instantes mientras los reescribía en el pasado.

Capítulo 13

EL FIN DEL PRINCIPIO

Despejó el sueño de sus ojos, y el guerrero reinició su travesía, una de tantas emprendidas y nunca terminadas. Echó al fuego sus rimas huecas y sin talento, lo dejado a medio hacer por su voluntad o no, las intangibles glorias futuras. Nada importaba ya, ni la plena certeza de no tomar su mano un día, de no verla con sus hombros descubiertos y caderas silueteadas en vestido blanco, caminando hundidos hasta las rodillas, por una playa festoneada de olas briosas, bajo una luna llena de cliché. Tan cliché como *peliculesco*, él como relato y parodia, con la última batalla que le quedaba, contra sí mismo. Sólo por eso seguía allí, levantado una vez más.